

4. Signo de contradicción

“Te alabamos, Padre santo,”

Si tomamos el segundo relato de la creación (Gn 2,4b-9.15) vemos cuando el Señor hizo el cielo y la tierra, que al principio estaba estéril, luego pone al hombre (modelado de arcilla del suelo, y con el aliento de vida) en el jardín del Edén, “para que lo guardara y lo cultivara”: custodiar y trabajar, dos cosas que el hombre tiene en su responsabilidad, ecología y transformación. Las palabras son difíciles de traducir, y además los términos dedicados a trabajo han sido por lo común negativos. “Trabajo” viene de “tri-palium”, tortura medieval a base de 3 palos atados para fustigar; y en este sentido Teresa de Jesús habla de “trabajos” como de padecimientos. Esta es la expresión moderna. Antes se usaba “labor” que basta consultar un diccionario clásico de latín para ver que tenía también ese significado de penalidades. Pero en el latín clásico hay una palabra limpia, de contenido positivo para indicar trabajo, que es “opus, operatio”: éste es el sentido de obrar que indica la genuina expresión de la actividad humana en la que se implica la persona y se realiza, dentro de se plan divino. Leemos en el primer relato de la creación (Gn 1,27-30) en el que Dios va haciendo cielos y tierra, como las coordenadas de espacio y tiempo va situando los lugares de arriba y abajo y distinguiendo aguas y tierras, animales del aire y del agua y del suelo, y después de situar por así decir los puntos cardinales del espacio del universo, y la creación del tiempo, hace al hombre y a la mujer como si fueran la guinda del pastel de bodas, y les da potestad sobre todo: “creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla...” De hecho, en el primer relato de la creación en el Génesis hay un sentido de trabajo como transformación, estamos en la época de los zigurats y ciudades; en el segundo, que es anterior, vemos este sentido ecológico de custodiar (es un relato muy anterior, ante los arquitectos del primero aquí estamos en una época de alfareros, las imágenes reflejan una época más primitiva). Son aspectos que ha de tener en cuenta el trabajo para que no sea egoísta, depredador... En otras lecturas vemos como se habla también de esta tierra estéril, la tierra agreste, que se transformaba en tierra esponjosa, en tierra amorosa: -"Ya no serás la desolada, serás la amada"-, como el Señor, cultiva nuestro campo, nuestra alma, como su jardín, donde va realizando su obra.

Vamos a abrir las verjas de nuestro jardín, para que el Señor entre, vamos a contemplarlo, para saber mirar a Cristo, dejarle hacer en nuestra alma, dejarle entrar en nuestro jardín y colaborar con Él, en tener sus mismos sentimientos, en participar en sus afanes, en participar en el amor a su Madre -que es nuestra Madre "Santa María"-, y participar de nuestra nueva creación, en esta transformación del agua en vino, del "Opus Humanum, en Opus Divinum", en Opus Dei. En sentido profundo.

-Lo decía el Papa en un encuentro con los universitarios del congreso UNIV, en el día de la Resurrección del Señor: "Este es el día que ha hecho el Señor". La Pascua -también el Nacimiento es la Pascua, la Pascua bonita, aunque etimológicamente sea más grande la Resurrección: Si Jesús no hubiera nacido, no hubiera podido resucitar. El Nacimiento es el momento más grande de la historia, al menos como dice la Escritura, "llegada la plenitud de los tiempos, entonces, hijo de una mujer, vino Dios al mundo"- es "el día que ha hecho el Señor", cuando... decía el Papa: las cosas humanas, la tierra agreste, las cosas que todavía no son, quedan transformadas en Opus Dei, en cosas divinas. En aquel momento la gente aplaudía, y el Papa, como hablaba italiano, improvisando, expresando lo que llevaba en su cabeza, se daba cuenta -con su sentido del humor-, decía: -"No estoy haciendo propaganda del Opus Dei, estoy intentando descubrir que significan estas palabras, 'Opus Dei': Que unidos a Jesús, las cosas humanas, se convierten en divinas, o sea, es una nueva creación. Jesús, ha venido a traer el sentido de nuestra filiación divina. Nunca más estaremos solos,

la tierra nunca más estará desolada. Ésta es la gran verdad que hemos de extender, a la gente que nos rodea, a todo el mundo.

El mundo corre en su historia como Babel, una construcción de hombres que no se entienden entre ellos. En este mundo, en el trabajo de cuidar del jardín de la creación, es donde se desarrollan las virtudes: el amor hace vivir la prudencia, justicia, laboriosidad, sujetarse a un horario, puntualidad y templanza, acabar los últimos detalles... Estas cosas, ya tienen un sentido nuevo, un sentido especial, ya no son solitarias, agrestes; son amadas: "ya no te llamaré desolada, pone el Salmo en boca de Dios estas palabras dirigidas a la tierra, sino amada". Aunque haya momentos duros de esfuerzo que requieren nuestro sacrificio, en la vida hay muchos momentos mágicos que disfrutamos de estas delicias, este sentido de paladear lo que es el amor, la amistad, lo que es el ambiente de familia, de la oración, lo que es el sentido estético, de disfrutar, de sentir los rayos de sol cuando paseamos, y después de haber hecho una buena comida... Aquella película: "El festín de Babet", habla un poco de como después de una buena comida todo un pueblo encuentra la reconciliación, un pueblo que se había encerrado en sí mismo, en sus cosas; y aquella mujer que derrocha -porque es artista y no sabe poner las reglas-, derrocha todo su entusiasmo y su ciencia, y disfruta, hace disfrutar a los demás... como dice el salmo: "Se han encontrado, se han besado la Justicia y la Paz "-, se han vuelto a encontrar, en este sentido de Amor. En este sentido Babel en Babet se transforma, de desolada e incomunicación se pasa a amada y comunión.

El paraíso no se ha perdido, ya no es un lugar mágico exterior, sino que lo llevamos dentro del corazón, tiene en su centro el árbol de la vida, al que no podemos llegar por la técnica y el poder: la sabiduría de la vida auténtica se consigue de otro modo, por el amor. En el jardín del Edén hay también el árbol del conocimiento del bien y del mal, del que no se puede comer (Gen 2, 16-17), símbolo de su humana naturaleza y de los límites de su ser criatura, "y al mismo tiempo frontera a lo largo de la cual debe realizarse el desarrollo de la persona humana. La persona humana creada a imagen de Dios no está situada 'más allá del bien y del mal', como pretendían Nietzsche y otros defensores de la absoluta autonomía del hombre. / He aquí el árbol del conocimiento del bien y del mal: un símbolo del ser y del valor, la primera y más fundamental de las situaciones-límite, analizadas hoy por la filosofía existencial. Y el árbol del conocimiento del bien y del mal está unido por vínculo simbólico con el árbol de la Vida (cf. Gen 2,9; Wojtyla). La misteriosa profundidad de los primeros 3 capítulos del Génesis es insondable... sin ellos no se entiende a Marx, a Sartre... "constituyen, en efecto, la clave para entender el mundo de hoy en su raíz, y en sus excesos radicales -y por eso mismo dramáticos- en sus afirmaciones e incluso negaciones". Y ahí está también la comprensión, el perdón... la promesa de la nueva Alianza: "muchas veces ofreciste a los hombres tu alianza"... (plegaria eucarística IV). Ahí está la que hizo Dios con Abraham (Gen 17,1-2), que anuncia la que el Padre hace con Jesús su hijo (2 Cor 1,3); el camino de retorno que se perdió por el pecado original y que se ha restablecido -felic culpa!- de un modo maravilloso en esta puerta al paraíso que es Jesús (cf. Jn 14,9; Lumen gentium 1): "este es el cáliz de la nueva alianza..." se nos da en su cuerpo.

En la película Love story se habla de que amar es no tener que decir nunca "lo siento". Yo pensé que no era así, pues amar es decir muchas veces "lo siento", pero luego vi que en el mismo "pack" ya va el perdón incluido, no hace falta que nos pidan perdón porque amamos, aunque sí hay que decirlo a los demás... como decía san Josemaría: "no he tenido que aprender a perdonar pues Dios me ha enseñado a querer", es importante educarnos para no guardar odios ni rencores. El que dice "perdono, pero no olvido", aún no ha llegado ahí... el perdón hace que la tierra, el corazón, sea un paraíso: "ya no será más la tierra desolada", el huerto no será nunca estéril, sino que habrá comunión y paz.

El lugar del cerebro donde se desarrolla el pensamiento no está ligado a las emociones, pero sí está siempre influenciado por ellas, la objetividad no es posible pues el mismo estado apático es opuesto a ella. Igual como nos influye la fe, también los estados de ánimo y sentimientos, como recordaba san Josemaría: La soberbia violenta a la memoria, la oscurece. El hecho se esfuma o se embellece, y se encuentra una justificación para cubrir de bondad el mal cometido, que no se está dispuesto a rectificar; se acumulan argumentos, razones, que van ahogando la voz de la conciencia, cada vez más débil, más confusa. Y así, donde podría haber comunión hay confusión. Muchos matrimonios, como también otras relaciones como la que se tiene con el jefe del trabajo- están despistados cuando absolutizan quizá un punto, y al perder la visión de conjunto buscan la felicidad en otros derroteros. Si hay paciencia, después de las tormentas vuelve el sol. La psicología ha avanzado mucho en métodos para ayudar en estos casos, pues el respeto a la libertad -excepto cuando alguien ha perdido el juicio y se quiere tirar por la ventana- es prioritario, basta ver la literatura femenina entre los siglos XIX-XX para entender que la sumisión no es camino hacia ninguna parte, el feminismo radical y rechazo a la maternidad ha sido quizá consecuencia en parte del autoritarismo; tampoco la ingenuidad o indiferencia es sistema, pues la libertad de la generación del 68 (muy bien explicada en “Aquellos años felices”, una serie italiana que lo lleva al absurdo: no es amor dejar que el amigo se mate por una elección que no es libre aunque se haga sin coacción exterior).

“Hacer el bien es lo más reconfortante” decía Isidro Claret (*La Vanguardia*, 13.11.02). Hemos visto cómo en el primer capítulo del Génesis, escrito en un tiempo ya evolucionado donde construyen zigurats, hay un esquema de arquitectura en que Dios construye la creación como si fuera un pastel, y se da al hombre -la guinda del pastel-, ese “dominio” sobre la tierra: eso marca el progreso, pero si vemos solo eso depredamos la tierra. En el capítulo 2, más antiguo, muestra una sociedad de alfareros, en que Dios hace del barro al hombre, y va arreglando las cosas cuando estas suceden: el hombre se siente solo y le da a una mujer, etc. Ya sabemos que toda visión antropomórfica de Dios es incompleta, pero en su condescendencia el Señor se va revelando al paso de los hombres, según su modo de hablar y de entender las cosas... Es una visión de Dios más ecológica, que va al paso del hombre y le anima a cuidar la creación. Es el complemento del progreso, el sentido de la providencia, de cuidar la tierra como Dios nos cuida a nosotros.

Pienso también en esos momentos de la historia que se ha hecho política de la palabra de Dios, hasta convertir en teocracia el gobierno de los reinos; hubo una evolución hacia la monarquía laica, y posteriormente la democracia, y esto fue mal visto por las personas que querían mantener el poder, donde los “guardianes de Dios” mandaban y censuraban sobre muchos aspectos sociales. Qué mal ha hecho la visión teocrática, donde se censura en nombre de Dios; distinto sería un verdadero “teocentrismo”, donde se viva lo que dice el Señor: “asentad mis palabras en vuestros corazones” y esa luz irradiara de dentro hacia fuera, desde el corazón de cada hombre hacia las actividades humanas en la libertad de los hijos de Dios, sin encorsetarlas con pretextos religiosos... en una charla que di sobre la formación de la conciencia moral de los hijos, un padre comentó lo que hacía en su casa y lo puso como ejemplo, pero otro comentó que no veía en su caso como aplicar este punto tal como se había dicho a su familia, y preguntándome el modo de llevarlo a la práctica, le contesté que era cosa suya atender a los buenos consejos y hacer lo que él viera con su familia, al igual que un abogado se informa y va creando su deontología profesional, la familia tiene que hacer su propia “deontología profesional”, con el estudio de la doctrina y la ética específica que aporta la doctrina y las experiencias de pedagogos y otras familias, del mismo modo que un abogado recibe el consejo de compañeros, pero no hemos de decir los sacerdotes cómo ha de llevarse una familia como tampoco un bufete de abogados, es cosa de esta libertad, sino se llega a casuísticas que encorsetan al profesional, como se decía de que los asuntos de la realeza de España estaban llevados por los jesuitas desde el confesonario (aunque bien pudo ser S. Antonio María Claret el confesor de la reina sin que a nadie se le ocurra pensar que Isabel II fuera una marioneta en

sus manos). Así como para educar a los hijos no tenemos desde fuera una “fórmula mágica”, y ha de ser el matrimonio -quien tiene gracia de Dios que les acompaña- responsable en su labor de padres, y con la doctrina con la que se forman y la experiencia de otras familias, podrán –sin aplicar indiscriminadamente modelos del colegio o de otras familias- llevar a cabo “su” proyecto de familia, descubriendo la manera de vivir en su caso particular todo aquel bagaje, lo mismo en todos los demás aspectos de la sociedad.

La primera encíclica social fue la *Rerum Novarum*, escrita por León XIII el 15 de mayo de 1891, en el contexto de los eventos de naturaleza económica y social que se produjeron en el Siglo XIX como la Revolución Industrial y la "Cuestión obrera" dicha inquietud social no da inicio con dicho documento, pues la Iglesia considera que jamás se ha desinteresado de la sociedad. Pero la doctrina política de los anteriores Papas nos haría reír, porque asociaba el poder de Jesucristo con el poder político del Papa y los Estados pontificios.

La Iglesia en su doctrina social ha tomado un papel determinante en la situación social del mundo, precisamente porque no tiene intereses territoriales goza de esa libertad, y por tanto es providencial que se separara de todo poder político, su política puede ser más no ya de una «tercera vía», un camino intermedio entre el capitalismo y el socialismo, no propone un sistema alternativo. No es una propuesta técnica para solucionar los problemas prácticos, sino más bien una doctrina moral, que surge del concepto cristiano de hombre y de su vocación al amor y a la vida eterna. Es una categoría propia. Estas normas y principios buscan ayudar a pensar las "cosas nuevas" que vive la humanidad, a entenderlas y a iluminarlas para el bien y el desarrollo del ser humano y su entorno. Las mismas no son una imposición, sino un aporte que la Iglesia Católica cree debe y necesita hacer. La doctrina social, además de dirigirse de forma primaria y específica a los hijos de la Iglesia, tiene un destino universal. La luz del Evangelio, que la doctrina social refleja sobre la sociedad, ilumina a todos los hombres: todas las conciencias e inteligencias son capaces de captar la profundidad humana de los significados y de los valores expresados en esta doctrina, así como la carga de humanidad y humanización de sus normas de acción (cf. Wikipedia).

Derechos humanos y doctrina social de la Iglesia. Los derechos humanos, o libertades civiles, derechos del hombre por naturaleza, inalienables (no se pueden manipular) o fundamentales del hombre, quedaron reconocidos por ley en los modernos Estados nacionales a partir de la Independencia de los Estados Unidos de América, en 1776, y la Revolución Francesa, en 1789. Pero arranca de la modernidad... La burguesía y las ciudades, progreso económico... se busca placer y belleza... digamos que ya no se pintan el cuerpo como un pretexto religioso como las piernas de san Miguel asomando bajo vestido, o la desnudez piadosa de María Magdalena. La contemplación de la naturaleza, ¿es pecado? Este debate llevó poner “braguetti” a las pinturas de Michelangelo en la capilla Sixtina (restituidas ahora a su esplendor original, se han dejado los paños que cubren algunas imágenes como las de Jesús y María). El maniqueísmo ha llevado tanto a la represión como al naturalismo... el arte por el arte se fue abriendo camino, como las demás realidades humanas, sin el pretexto de la religión. Sin equilibrio, la mística moderna desemboca en Lutero (cf. Burckhardt: la cultura del renacimiento en Italia, 1860; Huizinga, el otoño de la Edad media, 1919). La bofetada de Anagni señala esta rotura entre los dos poderes, y se podría decir que el primer hombre moderno en este sentido es cuando en 1303 nace Petrarca. Ockham estará aún ligado a la religión del libro (m. 1347), y dirá que lo que manda es la voluntad divina y no que las cosas sean buenas, idea que hoy vemos ligada al fundamentalismo. José M. Castillo (“El ideal”, 24.10.2008) habla de las guerras y conflictos religiosos (recordemos que no son los más numerosos en víctimas, los laicistas –nazi y estalinista- son más catastróficos): “¿por qué? Por la inevitable relación que se da entre la ‘palabra revelada’ y el ‘fundamentalismo religioso’. Hablar de ‘palabra revelada’ es hablar de la potente concepción de una verdad única y absoluta. Una verdad, por tanto, que en la mentalidad de muchas personas, se antepone a cualquier otra verdad, incluida la verdad científica. Y que se

antepone a cualquier derecho, incluso al derecho a la libertad, a la propia dignidad y hasta, si es preciso, al derecho a la vida”. Cuenta su dolor en pertenecer a las dos ciudades, la celestial y del mundo, y –dice– “nos preguntamos: ¿pero es que este conflicto no va a tener nunca solución? ¿Vamos a tener que vivir siempre en la tensión de dos fidelidades que no sabemos cómo conciliar? Porque, además nos duele... ver a tantas personas de buena voluntad abandonar las creencias religiosas porque no soportan más esta tensión entre dos fidelidades que no saben cómo armonizar. Sin olvidar que es duro verse condenado a vivir en esta especie de ‘doble vida’, que es tanto como verse condenado a tener que vivir siempre en la mala conciencia”, y dice que algunos se decantan hacia el fundamentalismo religioso, que no es más que ‘tradicción acorralada’, típico de épocas de crisis y búsquedas de seguridades. Acaba el profesor hablando de aquello que en palabras de Juan Pablo II sonaba así: el hombre es el camino de la Iglesia, hemos de ser humanos para ser divinos.

La nueva era marca un hito: el hombre es la medida del universo, en lugar de ser un ser en relación a Dios. Hay en ello elementos positivos y negativos. A mi entender, la visión medieval marcaba mucho la trascendencia: vamos al cielo, estamos de paso. Esto es cierto. Pero la modernidad nace en un ambiente de progreso, en una tierra marcada por la cultura greco-romana, judeo-cristiana. Sólo aquí nace el progreso que hoy conocemos desarrollado en las comunicaciones, etc., por causa de conceptos filosóficos (“el todo es mayor que la parte”, “una cosa no puede ser y dejar de ser bajo el mismo punto de vista”...), esto permite la ciencia (Alberto Magno, el maestro de Santo Tomás de Aquino, fue quizá el último hombre que sabía de todo) y luego se especializa la ciencia (un intento de compendios de la ciencia son las enciclopedias de fines del XVIII) y ya no sabemos de todo, hemos perdido la unidad. Sabemos mucho sobre las cosas pero no el por qué de las cosas. Esto es lo negativo: hemos perdido al hombre, al considerarlo individuo (masa, para el colectivismo marxista y otros; individualismo egoísta en el mundo occidental nuestro), pues cuando el hombre pierde su relación con Dios se diluye, tiende a la aniquilación. Pero los aspectos positivos están en la Biblia: el mundo es bueno, no hay que amar la vida sólo para ir al cielo, hay que disfrutar la vida, pues es el jardín que Dios nos puso para vivir. Jesús nos enseña que una vida llena es una vida de darse, de amar. Aquí está el punto clave del equilibrio entre esta vida y la del cielo.

Llegamos a la Ilustración y se da un nuevo paso con la proclamación de la libertad, igualdad, fraternidad expuestos en los colores de la bandera francesa (azul-libertad del cielo, blanco-igualdad de la suma de colores, rojo-fraternidad de la sangre que nos une). Son frutos de la sociedad que hemos visto más arriba, pero sin las raíces cristianas. De hecho, la libertad democrática no es un invento griego (allí tenían libertad muy pocos, y en manos de lo que decían los que mandaban, que a veces eran dictadores e ignorantes: véase la muerte de Sócrates). Ya en el tercer capítulo del Génesis se ve que cuando el hombre levanta el puño contra Dios (pecado de Adán y Eva, desobediencia), mata el hermano; S. Tamaro dice que la inteligencia sin humildad (fe) hace del hombre un mono que va por el mundo con las manos manchadas de sangre (Caín mata a Abel, el hombre hace guerras, las más grandes en el S. XX donde murió más gente en la segunda guerra mundial que en todas las que hubo en la historia). En 1789 la revolución francesa rompe el modelo de los Estados europeos, destruyendo el orden instaurado por la Edad Media. Hasta entonces, Europa era “la cristiandad”, y acogía los países que fueron convirtiéndose al cristianismo, en un intento de plasmar en la sociedad esos valores del Evangelio. Ahora, el Estado comienza a ser “laico” con los valores de la libertad, igualdad, fraternidad. Se quieren aprovechar los frutos (cultura, progreso económico, orden social), sin reconocer las raíces que han dado vida a esos frutos. Son valores que tienen su raíz en el Evangelio, por ejemplo la fraternidad: no puede haber hermanos si no se reconoce un Padre. Al andar del tiempo, habrá una esquizofrenia entre fe y cultura, un empobrecimiento de esas ramas que ya no darán buenos frutos, porque se han secado, separadas de la raíz. Es el drama de la sociedad actual. Eran ideas que venían de un ambiente cristiano, como un fruto de un árbol maduro, pero no se admitían las raíces, y por eso muchas veces se acabaron secando, o pervirtiendo: la igualdad domina sobre la libertad, y ahoga por exceso de

normas. Es lo que nos pasa ahora, que la agresividad va siendo más fuerte, porque los derechos humanos han de apoyarse en la persona como imagen de Dios, algo sagrado, y no se reconoce: el aborto, etc., son prueba de ello. El relato de la creación –que a efectos físicos se explica con el Big-Bang y la evolución de las especies...- nos muestra a Dios que crea al hombre a su imagen, es decir abierto a la trascendencia y de espiritual: con inteligencia, amor y libertad. Sobre todo el amor, que –como decía Pascal-: “le coeur a ses raisons”: en toda la creación aletea el latir del corazón, pues no fue Dios un gran Constructor o Demiurgo, sino un gran Corazón. La revelación de la Paternidad y el amor divino son la base de la dignidad humana.

Es necesario encontrar un fundamento a los derechos humanos: ver la dignidad del hombre, pero como el derecho actual no lo tiene, hay que consensuar unos derechos: Fue redactado en la que llamamos declaración de la ONU de 1948: carta de los derechos humanos. Dicen que la Iglesia Católica primero no lo aceptó, y después sí, con una evolución gradual que termina reconociendo los derechos humanos como fundamentos de la Doctrina Social de la Iglesia. Lo que pasa es que estas leyes nacieron en medio de persecuciones y los serios conflictos políticos, económicos y sociales; hubo muchos ataques a la Iglesia Católica (la desamortización o robo de sus bienes, disolución de los religiosos, prohibición de educar...) de manera que las ideas liberales, democráticas, fueron también en ocasiones laicas y anticlericales, proclamadas por los revolucionarios franceses y de otros sitios, y esto justificó la actitud inicial de rechazo que adoptara la Iglesia Católica. La historia necesita tiempo para digerir los avances...

Juan XXIII (1958-1963), en su encíclica *Pacem in Terris*, considerada su testamento espiritual, es la primera vez en la historia de la Iglesia que los derechos humanos son tratados formalmente en una encíclica. Menciona positivamente la Declaración de la ONU de 1948 aunque expresa que "ciertos capítulos de esta declaración han suscitado algunas objeciones fundadas". No explica cuáles son, pero entre las mismas debe estar el Artículo 16 que implícitamente reconoce el divorcio, así como la falta de referencia a Dios. Pero acepta las libertades de opinión, de expresión y de información "dentro de los límites del orden moral y del bien común". Con esta encíclica, cuyos principios acogió el Concilio Vaticano II celebrado de 1962 a 1965, más el valioso aporte de las encíclicas de los Pontífices Pablo VI (1963-1978) y las emitidas por el actual Papa Juan Pablo II desde su primer mensaje al mundo el 17 de octubre de 1978, la Doctrina Social de la Iglesia se expande y queda construida sobre la sólida base de los derechos humanos y sus recíprocos deberes. La Iglesia aclara que los derechos humanos son la realización de otro concepto superior del cual dimanar todos: el respeto a la dignidad humana. Juan Pablo II ha concretado estos derechos en el campo del trabajo y del trabajador, y de los sistemas económicos modernos, con una crítica fuerte a los sistemas marxista y capitalista, propugnando una economía al servicio del hombre (“*Solicitudo rei socialis*” u “*Centessimum annum*”).

El "espíritu de Asís", el encuentro entre representantes de varias religiones, es otro paso importante en este mundo globalizado donde parece haber un choque de civilizaciones (de culturas de tradiciones religiosas distintas, incluyendo la modernidad post-cristiana): "Las confesiones cristianas y las grandes religiones de la humanidad han de colaborar entre sí para eliminar las causas sociales y culturales del terrorismo, enseñando la grandeza y la dignidad de la persona y difundiendo una mayor conciencia de la unidad del género humano. Se trata de un campo concreto del diálogo y de la colaboración ecuménica e interreligiosa, para que las religiones presten un servicio urgente a la paz entre los pueblos" (14 de diciembre de 2001, al poco del atentado a las torres gemelas).

La justicia social se toca en la segunda parte de la primera encíclica de Benedicto XVI, y ahora publicará un documento específico sobre el tema.

La ley moral natural ha tenido mala prensa (“ley moral” y “natural”), se ha dicho –como el demonio en el pecado de Adán y Eva- que la ley moral amenaza la autonomía de la persona, el racionalismo y exceso de legislación extrínseca a la persona ha provocado rechazo. Alejandro Llano explicaba: “los primeros principios son verdades originales, en cuanto que se distinguen de los conocimientos adquiridos por discurso” pero no significa que sean innatos, algunos son metafísicos: ser y no ser, otros morales como bueno y malo, es la racionalidad que propugna el Papa, la ley racional o natural. El problema de terminología es complejo, el concepto de naturaleza nos e ve como algo personal o meta-físico, la cultura actual lo ve como material y físico, y entonces se toma como una intromisión las normas morales, como “biologismo”. Pienso en el llanto de Jesús sobre Jerusalén, cuando le “falla” en el sentido que no es fiel. Es uno de los muchos, que presuponen un problema más grande: la cerrazón de la razón a la verdad, a la ley de Dios, ese “seréis como dioses” resuena en el interior del hombre otra vez.

Signo de contradicción. Richard Gere, al presentar su última película, “Noches de tormenta”, habla de que “jamás he conocido a alguien que haya perdido toda esperanza en el amor. Incluso mis amigos suicidas. Jamás se detiene mientras el corazón esté ardiendo”, y se refiere a la familia como lugar prioritario de los intereses de la persona: “mis prioridades son mi mujer y mi hijo y espero que sea así para todo el mundo. Con mi profesión he vivido un sueño, pero no sería feliz sin mi familia”. Es el amor lo que mueve el mundo. ¿Pero qué es el amor? ¿Qué hay en el interior del hombre? “Escudríñame, ¡oh Dios!, y examina mi corazón; pruébame y conoce mis inquietudes, y mira si mi camino es torcido, y condúceme por las sendas de la eternidad” (Salmo 139). La existencia humana es una preocupación, la más profunda y la más noble (dice Heidegger, y sigo ahora una meditación de Carol Wojtyla). “Si dijere: ‘ciertamente las tinieblas me envuelven / y sea la noche luz en torno mío’, / tampoco las tinieblas son oscuras para ti, / y la noche luciría como el día... / si tomara las alas de la aurora / y quisiera habitar al extremo del mar, / también allí me tomaría tu mano / y me tendría tu diestra” (Salmo 139). Estamos en manos de Dios, señor de la historia. Cada noche podemos decir con Simeón: “ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de las gentes... puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para signo de contradicción; y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones”. Ahí vemos la luz, la contradicción, y que aquello será para bien. No voy aquí a hablar de cómo sin contradicción no hay bondad, que sólo se avanza por oposición a algo, que sólo ante las dificultades hay creación literaria, artística o de cualquier tipo de progreso científico, y también la cruz es signo de crecimiento en el mundo, todo es encauzado por Dios para el bien de los que ama... pero sí podemos con los salmos proclamar: “¡Oh Yahvé! Tú me has examinado y me conoces... / Me envuelves por detrás y por delante... / Porque tú formaste mis entrañas, / tú me tejiste en el seno de mi madre. / Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste. / ¡Admirables son tus obras! / Del todo conoces mi alma” (Salmo 139). De todas las criaturas, y del hombre y de la historia, emerge el itinerario hacia Dios (itinerarium mentis in Deum, decía San Buenaventura). De toda la creación, cosmología aristotélica y astronomía de Ptolomeo o de Galileo, la física de Newton o la relatividad de Einstein, el camino del universo y del hombre como micro-cosmos, si no pone obstáculo y “dice en su corazón el necio: ‘no hay Dios’” (Salmo 53) a través de las criaturas conocemos al creador (Sab 13,1-5), como sigue diciendo S. Pablo en Romanos: “desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras. De manera que son inexcusables”... (Rom 1,20-21) los que “aprisionan la verdad con la injusticia” (v.18).

El mal es acicate para el bien, para vencer el mal con el bien, para ahogar el mal con abundancia de bien, y es lo que espera toda la creación según vemos en el cap. 8 de la citada carta a los Romanos, y a ello dedicó el último libro Juan Pablo II.